EL EXORDIO DE NUNCA ACABAR:

SEMBLANZA DEL DR. JOSÉ AMEZCUA

Eudoio Escalante*

¿La memoria existe con el lenguaje o precede al lenguaje? O bien: ¿la memoria debe su existencia al lenguaje, que es quien la construye de modo paciente acumulando huellas, trazos, letras, imágenes y garabatos de algún modo legibles y presentes? ¿Es posible decir que la memoria existe, que está ahí afuera, en el mundo, sustancial como un ente? ¿No se incurre, con tal expresión, en un abuso del lenguaje? ¿Pero no estamos siempre, a cada rato, y sin que nos lo propongamos, en el abuso del lenguaje? Diríase más bien que la memoria es un remanso del ente que alienta, que parpadea, que ofrece lo mismo visiones fijas que transeúntes, consolidadas que relampagueantes. Un espejo del ser donde el ser descansa de su existencia. ¿Y de la existencia del mundo? La memoria no es lo que existe, pero sí el lugar donde cobran vida los trazos de lo que existe. Las huellas que se acumulan en torno a un centro que se cree permanente, pero que, sin duda, también está sujeto a sus parpadeos. Un residuo del ser y sus acontecimientos. Un monumento anticipado de todo lo que ya fuimos, y de lo que ya no podremos ser, si retorno a excederme. Me pregunto y me digo lo anterior al pensar en mi amigo y colega José Amezcua. Al

* Area de Literatura, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

igual que él, busco un exordio que me permita traerlo a la presencia. Hay, como él lo decía en un hermoso artículo que tituló "Hacia el centro: espacio e ideología en la *Comedia nueva*"[1] una "poética del comienzo". Una "especie de *prologus*", un "tipo de escena introductoria", la cual "constituye un lugar de entrada, tanto a los hechos mismos, como al sitio elegido para que sucedan los acontecimientos, de manera que así como el personaje recién venido, nosotros, que hemos iniciado el camino del texto, estamos en esas escenas en el umbral de asuntos, cuya importancia precisamente es destacada por esta suerte de *exordio*." Busco afanosamente, para abordar mi tema, un lugar de entrada, que me lleve a los hechos pero también "al sitio elegido para que sucedan los acontecimientos." Y me descubro, en este trance, convertido en otro "recién venido". Como los personajes de esas escenas introductorias usuales en la *Comedia nueva*, me siento un *recién venido* al fallecimiento de mi amigo. No estaba preparado para entrar en este escenario y puedo anticipar que nunca lo estaré. Estoy ya en la escena inicial, desconcertado, sin entender nada, pero dirigiéndome con pasos de sonámbulo, sin saber muy bien lo que hago, hacia un polo magnético al que no puedo sustraerme. Me dirijo "al sitio elegido (y la elección ha sido la de ese actante que llamamos Destinador) para que sucedan los acontecimientos." José Amezcua es ese centro magnético. A él se dirigen estos pasos, estas reminiscencias, estas huellas. El amigo se ha convertido por sí mismo, y desde su ausencia, en una ciudad de la memoria. El es el centro de mando que nos convoca y que nos trae a la Corte, a la Plaza Mayor. ¿No ha sido siempre así? ¿No manda siempre la ciudad sobre la aldea, la urbe sobre la villa

1 Incluido en José Amezcua y Serafín González (eds.). *Espectáculo, texto y fiesta: Juan Ruiz de Alarcón y el teatro de su tiempo*. UAM-Iztapalapa, México, 1990.

rústica? Al comentar el celebrado texto de Antonio de Guevara *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, Amezcua observa con finura que hay que tomar las cosas *cum grano salis*. No hay tal dogmatismo ruralizante en el texto maestro de Guevara. Al campo se va a descansar, a leer en los libros –actividad que se aconseja–, pero el poder y sus absolutos siguen siendo una función de la ciudad. Este es su espacio ideológico privilegiado. Como sostiene Amezcua: "El tema de la alabanza de la aldea ha servido sólo para justificar que ésta es también una vida valiosa, mas el prestigio del centro ha quedado impoluto." Lo mismo advierte en *El villano en su rincón*, de Lope de Vega. Por iconoclastia, como ha querido ver Tomás Segovia, o por un emergente orgullo laboral que sostendría que el verdadero poder proviene del trabajo

> Yo he sido rey, Feliciano,
> en mi pequeño rincón;
> reyes los que viven son
> del trabajo de su mano,

Juan Labrador piensa que puede pasarse la vida sin necesidad de ver al Rey ni de rendirle –por tanto– pleitesía. La autosuficiencia, sustentada en el trabajo, lo mantiene en su aldea, alejado del poder real. Pero cuando el Rey se entera de este pavonearse de su súbdito, actúa de tal suerte que obliga al labrador a reconocerlo como tal Rey, restituyendo o confirmando así la omnipresencia y la ejecutoriedad del orden jerárquico (que de otra forma no sería). Así, como observa José Amezcua, "La imagen simbólica del centro se acerca primero al labrador, para al final, atraerlo, disciplinaro, y absorberlo al núcleo civilizador que es la Corte."

Hacia allá se dirigen, pues, los personajes cuando los atrapa la acción dramática. Hacia allá me dirijo con mi escritura al trazar,

descalzo, estos pasos sobre la tierra húmeda. Para entrar a esta República Literaria, si retomo la frase de Saavedra Fajardo, y si me atengo a su texto, debo tomar un poco de esa *anacardina* que crece a la orilla del camino. Abrevo en el *Diccionario de autoridades*, t. I, *sub voce anacardina*: "La confección que se hace del Anacardo para facilitar y habilitar la memoria." Y ahí mismo, como para que no me aparte de mi tema, el *Diccionario* agrega, por la vía del ejemplo: "Sepa V. S. que para la memoria de la muerte es la mejor *anacardina* alguna adversidad." Es la adversidad, en efecto, la que me pone en este umbral ¿Y qué recuerdo? Recuerdo a José Amezcua creando el semillero de lo que después se convertiría en las áreas de lingüística, de semiología y de hispanoamericana, en la unidad Iztapalapa de la UAM. Lo recuerdo en su departamento de San José de los Pinos, por esos años, intentando volverme prosélito de Mahler. Estaba estrenando, si mal no recuerdo, uno de esos aparatos cuadrafónicos que eran para entonces lo más sofisticado en audio. Escuchamos esa vez un disco que quería presumirle: *Et expecto resurrectionem mourtuorum*, de Olivier Messiaen en una grabación de Pierre Boulez. Lo recuerdo prestándome un LP con la *Sinfonía nirvana* de Mayuzumi, una de las obras más hermosas que uno puede escuchar en su género (curiosamente no hay grabación en CD de esta obra, y sigo sin poder conseguirla). Lo recuerdo quejándose de las chochadas de Lwdovik Osteck, quien se proclamaba en un artículo que publicó el *Sábado* como representante, al lado de Américo Castro, de la vertiente más moderna de la crítica cervantina. "Contéstale, y ponlo en su lugar", recuerdo que traté de animarlo, pero me contestó con una sonrisa escéptica. Quizás creyó que no valía la pena. Lo recuerdo enredado y sufriendo con el último disquette del SNI. Lo recuerdo bailando animado en la fiesta de fin de año que organizó la División de Ciencias Sociales, comandada entonces por Sergio Pérez Cortés. Lo recuerdo contán-

dome sus peripecias en Garibaldi, esa misma noche, cuando, en un intento de prolongar el jolgorio, fue a dar con su automóvil en una zanja. Lo recuerdo rodeado de "sus" muchachos, los alumnos a los que asesoraba en sus respectivas tesis acerca del teatro de los Siglos de Oro. Lo recuerdo extremadamente cordial y cariñoso durante los días previos a su muerte. Llamándome y dejándome abrazos en la contestadora. Lo recuerdo maravillado con su más reciente descubrimiento, Günter Wand, y sus versiones de las sinfonías de Bruckner con la orquesta sinfónica de la Nord-Deutscher Rundfunk. "¿No es maravilloso ese viejito que dirige como joven?", me preguntaba. Su entusiasmo por Bruckner, lo recuerdo, no dejó de producirle desaguisados. Durante uno de los congresos de Medievalia, y compartiendo mesa con Luis Astey, tuvo que soplarse una andanada anti–wagneriana de Astey quien sostenía que la buena música se había acabado con Beethoven. "Pero sin Wagner, no tendríamos a Bruckner", replicó Amezcua. A lo que Astey contestó: "¿Y para qué queremos a Bruckner?" En otra ocasión, visitando a su amiga de toda la vida, la Dra. Margit Frenk, creo que en ocasión del homenaje que entre ambos le organizamos (los frutos de este coloquio constan en el *Homenaje a Margit Frenk* publicado por la UAM y el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM), y encontrándose ahí la mamá de Margit, doña Mariana Frenk, esta maravillosa mujer que es otra joven de espíritu, respingó la nariz tan pronto escuchó el nombre del compositor austríaco y nos retó a que le dijéramos qué es lo que de bueno tenía este autor, en caso de que lo tuviera. Prudente me limité a escurrir el bulto. Pocos días antes de su fallecimiento, le recordé a Pepe este episodio pero al parecer no lo había registrado. Recuerdo lo último que me dijo sobre Günter Wand, y que exhibe por sí solo a qué grado se apasionaba Amezcua con la música. Me dijo que se acababa de comprar las sinfonías completas de Beethoven dirigidas por Wand. ¿Tuvo

tiempo de escucharlas? Yo me supongo que no. Como ya no escuchó un disco que yo quería entusiasta recomendarle, en una tónica semejante a lo de Mayuzumi, del compositor japonés Somei Satoh. En este momento, al escuchar *Litania* de Satoh, no puedo dejar de evocar mi descubrimiento de esa *Sinfonía nirvana* que él descubrió, a su vez, gracias a uno de sus alumnos en la Facultad. Lo recuerdo organizando las conferencias del Dr. Pedro Cerrillo Torremocha, de la Universidad de Castilla La Mancha. Lo recuerdo trayendo a la UAM a Klaus Meyer Minneman, de la Universidad de Hamburgo. Lo recuerdo recibiendo el premio a la Investigación en la UAM y recogiendo en su discurso el estado de ánimo de los desesperados, a lo Samuel Beckett, de aquellos *outcasts*, que destinados a la marginalidad, construyen y consiguen para todos nosotros lo único realmente memorable. En la lista de estos *outsiders* estaban lo mismo Miguel de Cervantes que los profesores se literatura, lo mismo Juan Ruiz de Alarcón que aquellos académicos que como él, pertenecían al Sistema Nacional de Investigadores. Su discurso, incómodo para las autoridades que lo premiaban, decía sin embargo una gran verdad, la de aquellos que nos hemos dedicado a la literatura sin esperar otra recompensa que el placer que los textos por sí mismos deparan a quien sabe escucharlos y leerlos con atención. En nombre de esa verdad, que él defendió como ninguno, me gustaría mandarle desde aquí un saludo y decirle, hasta pronto.